EL TRIÁNGULO DE LA TRANSICIÓN

Planeta

Ana Romero

EL TRIÁNGULO DE LA TRANSICIÓN

Carmen, Suárez y el Rey

Planeta

032-110397-El triangulo de la transicion.indd 3 19/07/13 13:12

Índice

Prólogo. Carmen tenía razón 9
Prólogo a la edición de 2002. Una entrevista por casualidad 15

1. La Musa de la Transición 17
2. Aristocracia de bigote 25
3. Una historia de novela 45
4. Rota por dentro 71
5. Un joven fascista 91
6. Castellana, 3: el Reichstag de los Orleans 121
7. Los chicos de la prensa 137
8. Un chinchón con Carrillo 165
9. Sábado santo y rojo: se acabó la dictadura 193
10. De la Moncloa a la Trilateral 207
11. La Reina Sofía: un papel desconocido 235
12. Ecosocialista 251
13. Vivir como si fuera el último día 273
14. El olivo de Soledad 285

Post scríptum. Un solo vértice en el triángulo 297
Agradecimientos 301
Bibliografía 303
Índice alfabético 307

1

La Musa de la Transición

Noviembre de 1999

Carmen volvió la cabeza lentamente hacia la ventana hasta que su perfil se recortó, con la nariz pequeña y perfecta, a la intensa luz del otoño madrileño. Le sentaba bien esa bata de lana rosa palo con cuellos redondos y botones infantiles. Tenía 57 años y seguía siendo una mujer muy guapa, de pómulos marcados, ojos azul acero y una piel afrutada y con pocas arrugas. Últimamente le había vuelto a crecer el pelo, aunque de un rubio más apagado.

—¡Nos van a tomar por locas como entre alguien y nos vea así!

Se rió a carcajadas tras pedirme que le cogiera la mano para sentir «el calor de un cuerpo humano». El gesto me sorprendió. Carmen era poco dada a las muestras de cariño. Pensé que, efectivamente, tenía que estar muy mal. Ya le habían administrado morfina para calmar el dolor, y le costaba hablar.

—Prefiero rezar unos salmos. Me ayuda a respirar con Dios.

La habitación 324, muy luminosa, está en la tercera planta del hospital de San Rafael, en la llamada Unidad de Cuidados Paliativos del Cáncer. Da a una terraza, donde recuerdo que intenté contener las lágrimas viendo corretear unas palomas en busca de migas de pan. El lunes 8 de noviembre de 1999, veintiún días antes de morir Carmen, me despedí de ella.

En apenas tres años desde que se le detectó el cáncer de mama, Carmen se fue. El diagnóstico era inicialmente muy bueno —precoz e inofensivo: un T1 de 0,9 centímetros, según los informes médicos—. Pero en una revisión rutinaria se le detectó

metástasis en el ovario, el único que le quedaba tras la extirpación a la que fue sometida a finales de los setenta.

Con cruel rapidez, la enfermedad se fue extendiendo por su cuerpo. Esa soleada mañana de noviembre en la que nos despedimos, le había invadido ya el hígado y los pulmones.

—Estoy hecha un asco.

Había sufrimiento, llagas en la boca, «falta de dignidad», según Carmen.

Al llegar, me recibió arisca y distante, como cuando hablamos por el móvil para concertar la cita en el hospital. Era su manera de castigarme por no haber ido a visitarla durante el fin de semana, cuando ingresó, y haber esperado hasta el lunes. Carmen era especialista en hacerse *la dura*. Entonces me irritaba. Ahora entiendo que estaba pidiendo cariño a gritos.

Ese día, cuando entré, estaba sola y con cara de malas pulgas. Le di un beso y me senté en una silla frente a ella, esperando. Le hablé de viajes, de entrevistas, de esto y de aquello. Nada servía. Finalmente, me levanté, me acerqué y le acaricié suavemente el hombro:

—Venga, Carmen. Déjalo ya.

Se rompió el hielo, desapareció Carmen la odiosa y me reencontré con la mujer cariñosa y compasiva que había conocido unos meses atrás.

—Me cuesta tanto, Ana. Ha habido tanta frialdad en mi vida.

Había más razones. Un error de cálculo mío, del que me sigo arrepintiendo. Ese verano, cuando supo que se acercaba el final, Carmen se marchó a su casa menorquina de Es Castell. Entre el 18 de agosto y el 3 de noviembre, me insistió en varias ocasiones para que recogiera sus diarios en Madrid y volara con ellos a Menorca para seguir trabajando en el libro. Yo no quería o no podía entender que Carmen se estaba muriendo, y seguí trabajando normalmente en el periódico.

Siento haber decepcionado a Carmen, y lamento no haber ido a Menorca cuando me lo pidió. Dada mi falta de interés por aquellos cuadernos, me dijo en el hospital, había pedido que tras su muerte se destruyeran todas esas libretas de anillas que escribió entre 1960 y 1994. Ni siquiera pensé en evitarlo. Estaba conmocionada al comprobar que realmente se moría. Con esos dietarios

desaparecieron testimonios históricos de la Transición. En este libro se recogen 99 entradas, las que ella quiso que yo copiara.

Carmen apuró ese verano en Menorca, y volvió a Madrid un miércoles 3 de noviembre, muy deteriorada ya. Sus amigas se turnaron para dormir en su casa. Esos días le había tocado a Paca Sauquillo, presidenta de la ONG Movimiento por la Paz y entonces eurodiputada socialista. El sábado por la mañana, Paca la vio tan mal que llamó alarmada a Íñigo Méndez de Vigo, entonces también eurodiputado del PP. Carmen podía ser terca como una mula. A su sobrino Íñigo (la abuela del actual secretario de Estado para la Unión Europea y la madre de Carmen eran hermanas) no le quedó más remedio que meterla en el coche a la fuerza y llevarla al hospital, que quedaba muy cerca de la casa de Carmen.

Cuando la llamé ese lunes 8 de noviembre, yo no estaba al tanto de todo esto. Me lo contó ella misma en el hospital con un claro deseo de remover mi mala conciencia. Superado el trance, y tras el milagro del hombro, pasamos un par de horas muy intensas, recapitulando. Frente a frente. Ella en una silla, con su toquita rosa, y yo en otra.

Carmen apenas tenía fuerzas. Sus amigas se turnaban para leerle los periódicos. Esa mañana, antes de que yo llegase, ella había pedido que se concentraran en una sesuda tribuna publicada en *El País* —«Mundialización capitalista y ciudadanía»— en la que el sociólogo Rafael Díaz-Salazar se lamentaba del «reinado del dinero y el individualismo posesivo» como rasgos característicos de la civilización capitalista neoliberal.

En el hospital, *El País* se leía a diario y *El Mundo* los domingos. Ese fin de semana se cumplieron diez años de la caída del Muro de Berlín, y yo entrevisté a Hans-Dietrich Genscher, exministro de Asuntos Exteriores de Alemania durante la reunificación. El malhumor no se había ido del todo, y la emprendió con mi entrevista:

—El mensaje político está ya demasiado repetido. A mí me interesa mucho más Pedro Almodóvar que Genscher. Son los visionarios los que cambian el mundo. Hay que buscar personajes en África, en el Tercer Mundo, y salirse del contexto de los ricos, los altos, los guapos y los blancos. Los de siempre.

Esa advertencia dio paso al consejo tantas veces repetido en los últimos meses: «la tentación de caer en la vida burguesa de las barriguitas redondas y felices». Después se puso a mezclar temas. La política, la vida, la enfermedad, la muerte. Por una última vez, insistió en que ella era «mujer de izquierdas».

Para ilustrar esta afirmación, me contó que esa misma mañana, por teléfono, había cantado *La Internacional* con su viejo amigo el periodista Rafael Fraguas. También la habían llamado para despedirse Alfonso Guerra y Felipe González: «Guerra tiene más entrañas que Felipe».

Así recuerda Guerra en sus memorias, *Una página difícil de arrancar*, las palabras de Carmen ese día:

—Sé que soy una mujer complicada, que he sido muy crítica con unos y con otros, pero he hecho lo que creía que debía hacer.

Guerra la interrumpió «varias veces para intentar quitar dramatismo, para animarla», pero no, estaba muy lúcida:

—La enfermedad, la lucha contra la enfermedad, es muy dura, y yo ya he luchado todo lo que puedo luchar. Creo haber sido auténtica en cuanto a sinceridad y coherencia.

Carmen habló y habló, y en esas dos horas me ofreció muchos consejos de futuro. En medio de la charla llegó Edward Oakden, el padre de mis hijas, que era entonces ministro consejero de la embajada británica en Madrid. A Carmen le caía muy bien; ¡sobre todo porque era inglés! Edward le masajeó la espalda para aliviar los dolores que sentía después de estar tanto tiempo en la cama. Eso le mejoró notablemente el humor, y empezó incluso a hacer bromas.

—¡¿Conoces a alguien que del mar vaya a la tumba?!

Se refería a esos dos meses y medio que había pasado en el mar de Menorca, una de sus grandes pasiones. Como yo no acababa de decidirme a ir a Baleares, Carmen grabó una cinta y me la envió desde Menorca por si no le daba tiempo a regresar a Madrid. En ella se extendió largo y tendido sobre sus impresiones marinas: «Quizá sea por la sangre que corre por mis venas, Ana, pero yo me siento mediterránea. Desde niña me ha gustado el mar. Es, para mí, el elemento más hermoso de todos. Me gusta estar yo dentro del mar. Detesto todo lo que sean deportes

marinos. Ese concepto utilitario del mar, ¡no! El mar no es una autopista, aunque en verano lo parece. Para mí, el mar es para contemplarlo y disfrutarlo. No para estar con la moto acuática todo el día para arriba y para abajo. O con el yate, dejando aceite por todas partes».

Adoraba Cerdeña, Córcega, Grecia: «He intentado recorrer muchos mares. A mí el mar me devuelve físicamente su ausencia. Yo cuando estoy en el mar me siento plenamente acompañada, me siento feliz. Me gustan los amaneceres de agua, y los atardeceres. Los cambios de colores. Me gusta cuando voy nadando y se acercan los peces. Me gusta esa sensación. Es una cosa hermosa, inmensa y limpia».

El mar, para ella, era una necesidad: «Yo soy animal de fondo de agua, que diría Juan Ramón Jiménez. El mar es libertad. Yo siempre digo "Voy a nadar", no "Voy a bañarme". Bucear me fascina. No sé nadar con la cabeza fuera. Me aburro en un barco, porque la gente de barco nunca nada. Yo alguna vez he ido en esas cosas, cuando era más jovencita, y me parecía un sufrimiento. Tener ahí el mar y no poder hacer nada, más que surcarlo. A mí eso no me gusta. A mí me gusta estar dentro. Me gustaría morir en el mar».

Frente a ese mar idealizado, Madrid, donde nació, era un lugar «horrendo, lleno de tráfico y de nerviosismo. Es horroroso. La contaminación, el jaleo. Madrid es mortal».

Al día siguiente, me fui a La Habana a cubrir la IX Cumbre Iberoamericana, aquella en la que el presidente José María Aznar se quitó ostentosamente la chaqueta para disgusto de Fidel Castro y del Rey Juan Carlos. Edward, que quedó encargado de visitar a Carmen en mi ausencia, tuvo una idea para mitigar su nostalgia: se pasó una tarde por el museo Thyssen-Bornemisza y le compró once pósteres, casi todos de motivos marinos.

Estudiándolos detenidamente, Carmen rechazó ocho de ellos, unos por demasiado «brillantes», otros por «formales» y otros por «agitados». Insistía en que necesitaba sosiego, y aceptó sólo tres: un mar azul y pacífico; un lago; y la reproducción de una campiña de John Constable, el gran paisajista de Suffolk. Toda esta operación fue larga y complicada, sobre todo porque una vez elegidos había que pegarlos en la pared a pesar de la enorme

preocupación de Carmen por las marcas de celo que pudieran dejar en la habitación del hospital.

«¡Eso a un español no se le ocurre!», les decía a las visitas posteriores cuando éstas le preguntaban sorprendidas por la peculiar decoración. Para mí, ese comentario era típico de Carmen: una manera de echarles en cara su falta de sensibilidad frente a la de una persona que ella consideraba *civilizada*, no como nosotros, los pobres españoles.

Esa última mañana del lunes 8 de noviembre de 1999, cuando Edward regresó a la embajada, Carmen se levantó de la silla y se tumbó en la cama. Me hice un hueco a su lado y empezamos a hablar de nuestro proyecto de libro. Fue cuando me pidió que le cogiera la mano. Le dije que tenía que ponerse bien, que teníamos mucho trabajo por delante.

—El libro lo acabas tú, pero hazlo, ¿eh?

Luego, en silencio, dibujó la señal de la cruz en mi frente y me bendijo.

—Lo peor de esta enfermedad, Ana, además de ver cómo te va destruyendo, es esa sensación de que, de verdad, de verdad, de verdad, de verdad, estás sola.

Después se quedó dormida. Esperé a su lado un poco de tiempo, no sé cuánto, mientras la oía respirar. Nunca más volví a verla. Cuando regresé de La Habana, la puerta de la 324 estaba cerrada. Encima del tirador habían pegado una cuartilla medio rota: «No pasar». En el pasillo había algunas personas, quizá familiares. Me marché, descompuesta. En el bolso me llevé de vuelta lo que me había pedido Carmen que le trajera de Cuba: la estampa de la Virgen de la Caridad del Cobre, la patrona de la isla.

Durante mi viaje, llegaron los tubos, la obstrucción intestinal y las dificultades para respirar. Ella pidió expresamente que la cuidaran, turnándose día y noche, una amiga de la infancia, Rosa María Quintana, *Sweetie*, y otra de la juventud, Alicia Bleiberg. También la diputada socialista Rosa Conde, que fue ministra portavoz con Felipe González. Quintana, Bleiberg y Méndez de Vigo actuaron después como albaceas testamentarios.

Carmen murió a las 14.45 del lunes 29 de noviembre de 1999. Un teletipo de la agencia Efe informó de su muerte a las

19.42. A mí me avisó Rosa Conde porque Carmen se lo había pedido. Me costó muchísimo escribir su obituario. Al día siguiente me alegré de haberlo hecho. *El Mundo* fue el único periódico nacional que informó en su portada del fallecimiento de «la colaboradora de Suárez y exeurodiputada socialista».

Ningún otro diario la consideró lo suficientemente importante como para llevarla a la primera página. En el interior, eso sí, todos le dedicaron breves notas necrológicas a la «musa de la Transición» o a la «aristócrata rebelde».

Pobre Carmen, pensé al leerlas. Le hubiera dado mucha rabia que la recordaran como musa. Siempre me dijo que creía que ese sobrenombre «banalizaba» su trabajo. De aristócrata, siempre lo decía, y era verdad, no tenía ni una gota de sangre.

La *culpa* de ese apodo, que quedó pegado a ella el resto de su vida, la tuvo Paco Umbral, un escritor tan genial como amigo de Carmen. El 30 de enero de 1977, cuando ella llevaba seis meses en la Presidencia del Gobierno, el «Diario de un snob» que Umbral escribía en *El País* se tituló «La musa de la reforma».

Esas columnas de Umbral se convirtieron en una referencia política diaria, como más tarde los serían «Los placeres y los días» en la contraportada de *El Mundo*, donde escribió hasta su muerte en 2007.

Así nació, en papel, la Musa de la Transición:

> La musa de la reforma dicen que es la señorita Carmen Díez de Rivera. A Carrillo, en Barcelona, le ha invitado a tomarse juntos un *chinchón*. A mí, por Navidades, solamente me envió un pañuelo sentimentalmente perfumado, pero no me invita a tomarme nada con ella. Empiezo a estar *mosca*. [...] Los post-rubenianos de derechas se meten con Carmen Díez de Rivera, y con su familia, en un periódico, el otro día. Yo no me voy a meter con ella, pero quiero prevenir a Carrillo contra los pañuelos perfumados de la musa de la reforma [...]. Incontrolable, incalificable e inencontrable. La reforma tiene una musa, pero la bestia tiene una metralleta. Alguien está fingiendo una guerra civil para engañar al pueblo, Carmen Díez de Rivera, la musa de la reforma, entre dos fuegos que son el mismo, huele pañuelos perfumados para pasar el susto. Pero el susto va para largo.

El funeral por la *musa* se celebró en Madrid en el inhóspito tanatorio de la M-30, junto a la mezquita, el martes 30 de noviembre de 1999. La imagen que conservo es la de Umbral, de perfil, con gabardina y un ramo de crisantemos amarillos, mirando el ataúd al otro lado del cristal. A través de sus gruesas gafas, pasó un buen rato observando la rosa amarilla y la cruz de madera depositadas sobre el féretro.

Recuerdo también la rareza del ambiente. La gente no se conocía entre sí. Carmen tenía amistades muy dispares. Había muy poca conversación. Nadie se acercaba a los familiares a darles el pésame. Simplemente, no se sabía quiénes eran.

Había algunos compañeros del Parlamento Europeo, como Enrique Barón, Marcelino Oreja, Fernando Carbajo y Paca Sauquillo. Las tres amigas que la cuidaron los últimos días en el hospital. Sus hermanos Díez de Rivera, creo. Su hermana Serrano-Súñer.

Por la tarde se cremó su cuerpo en una sala del cementerio de La Almudena. Allí estuvieron Fernando Morán, el exministro socialista de Asuntos Exteriores, y los periodistas Fermín Bocos, Julia Navarro y Rafael Fraguas. Cuando la comitiva estaba a punto de partir llegó Alfonso Guerra, el de las «entrañas».

Fue enterrada el jueves 2 de diciembre, a mediodía, en el patio del convento de las carmelitas descalzas de Arenas de San Pedro, junto al olivar.

Detrás dejó Carmen muchos interrogantes y el magro borrador de una autobiografía inconclusa titulada *Para ir al pozo no hay que saber leer*. En él advertía de que su existencia no había sido cualquier cosa:

Hay pocas vidas coherentes; hay muchas vidas aburridas, eso sí. Pero la coherencia de la vida de cada uno es un cielo constante de luces que tiemblan o restallan, de noches claras o negras, de días encapotados o de lluvia, de tormentas, siembras y cosechas. De simas y abismos. De decisiones a veces feroces y traumáticas. De sufrimientos ajenos o propios, de errores de calendario, de pasiones o de oquedades. Qué sé yo. YO, eso. YO. Los demás me llamáis TÚ o ELLA. De pequeña, Carmencita. Eso, Carmencita.

2

Aristocracia de bigote

Años treinta, cuarenta, cincuenta y sesenta del siglo pasado

Una mañana de enero de 1999, yo andaba buscando una destacada europea a quien entrevistar con motivo del Día Internacional de la Mujer, que se celebra el 8 de marzo. Después del verano había iniciado en *El Mundo* la serie «Nosotros, los europeos», y cada domingo tenía que publicar una doble página de conversación con un personaje europeo de relieve. Me pasaba la vida pescando ideas entre los amigos.

—Me han dicho que Carmen Díez de Rivera va a dejar el Parlamento Europeo porque tiene cáncer.

—¿Quién?

—Carmen Díez de Rivera, la Musa de la Transición.

Juan Fernando López Aguilar, eurodiputado ahora del PSOE como entonces lo fue Carmen, añadió que se trataba de una mujer muy interesante, «una socialista atípica» que hacía mucho por el medio ambiente en el Parlamento Europeo y que había desempeñado un papel importante durante la Transición.

Con 33 años, toda una periodista ya, apenas me sonaba el nombre de Carmen. La había visto citada en las columnas diarias que Umbral escribía en la contraportada de *El Mundo*. Me la imaginaba aristocrática y guapa, del tipo de las que tanto le atraían a Umbral. Poco más. La Transición, por otra parte, era entonces para mí una época de reformas legales que me quedaba lejos, casi como la guerra civil o los cuarenta años de franquismo.

Al reeditar este libro, acudí a Victoria Prego, autora de *Así se hizo la Transición*, originalmente un documental de TVE cuyos vídeos vi infinidad de veces en el verano de 1999. Hoy se encuentran en línea, y realmente valen la pena. A Victoria le pedí que me definiera en un párrafo, con la mente puesta en todos los que la vivimos, o en los que no habían nacido entonces, esa época por la que yo sentía tan poca atracción cuando conocí a Carmen:

> Fue un proceso político dificilísimo y lleno de riesgos que consistió en dejar atrás una dictadura y entrar de lleno en una democracia en el plazo increíble de veinte meses hasta las primeras elecciones libre, y dieciocho meses luego de período constituyente. El Rey tenía un poder absoluto, legalmente hablando, porque lo había heredado de Franco. Pero no podía ejercerlo porque en las instituciones estaban los franquistas, que aspiraban a imponer un franquismo modernizado. Por eso el Rey tuvo que andar haciendo trampas.

Esos primeros veinte meses son los que transcurren entre la muerte de Franco, el 20 de noviembre de 1975, y las primeras elecciones democráticas desde 1936, el 15 de junio de 1977. El período constituyente, que dura dieciocho meses, finaliza a partir del 15-J con la aprobación de la nueva Constitución el 8 de diciembre de 1978.

Quise saber quién era Carmen y el papel que había desempeñado en la Transición. ¿Por qué no aparecía en los relatos oficiales de la época? «Porque no pintaba nada, sólo tenía interés por la gente con la que se acostaba», me llegó a decir en 1999 algún alma caritativa. Me pareció una respuesta, además de grosera, incompleta. ¿Cómo no iba a «pintar nada» una persona que estuvo *empotrada* con Adolfo Suárez y con Juan Carlos de Borbón desde 1969 hasta 1977? La jefe de Gabinete del primer presidente democrático desde la guerra civil. La amiga íntima del que primero fue Príncipe heredero con Franco y después, durante dos años, Rey con poder absoluto.

En esos veinte meses, Carmen no se despegó de Suárez: estuvo con él en Telefónica, en la secretaría general del Movimiento y finalmente en la Presidencia del Gobierno. Simultáneamente, inauguró con el Rey esa forma de hacer política tan querida aún

por el monarca: por teléfono, manteniendo largas conversaciones, muchas de ellas por la noche. Sin saberlo todavía, yo empezaba a trazar con mis preguntas y mis indagaciones ese triángulo humano y político tan importante como instrumento de acción en el paso de la dictadura a la democracia.

El 4 de febrero de 1999, un mes después de la recomendación de Juan Fernando López Aguilar, leí en la prensa que Carmen había abandonado definitivamente el Parlamento Europeo debido «a una larga enfermedad», el consabido eufemismo para referirse al cáncer.

Al día siguiente, me crucé en la redacción del periódico con nuestro director, Pedro J. Ramírez, y le comenté que quería entrevistar a Carmen Díez de Rivera. Pedro J. me miró con sorpresa.

—Carmen no da entrevistas. Habla con Umbral.

Mi curiosidad fue en aumento. Llamé a Umbral.

—Carmen no da nunca entrevistas. No hay nada que hacer.

Sentí más curiosidad.

Unos días más tarde, cenando en la plaza de la Paja de Madrid con mi buen amigo Rafa Plañiol, le conté lo que estaba pasando con esa misteriosa eurodiputada:

—¡Vaya! Soy íntimo amigo de un sobrino. Si se lo pido, hablará contigo.

No fue exactamente así. Pasaron seis largas semanas desde que contacté con Carmen por teléfono hasta que le hice la entrevista. Fueron seis semanas de intensa comunicación a la inversa: la que me preguntaba y me llamaba era ella. Tuve que enviarle también varias copias de perfiles que había escrito para la serie. Cuando los leyó, me dijo que le gustaba lo que hacía, y que estaba pensando seriamente en la posibilidad de concederme la entrevista. El examen iba bien.

Volví a Pedro J. con aire triunfal.

—Ya casi he concertado la entrevista con Carmen Díez de Rivera.

—Y te lo va a contar todo.

—¿Qué es todo?

—Lo de su padre.

Como tantas otras historias en nuestro país, la de Carmen la conocía entonces ese círculo pequeño e informado de Madrid al que una joven periodista como yo no pertenecía. En 1999 no existía Wikipedia, y la biografía oficial de la agencia Efe se refería a Carmen simplemente como «hija de la marquesa de Llanzol». ¿Y su padre? ¿Por qué no se decía nada de él?

Busqué claves en el *Diario político y sentimental* de Umbral, que acababa de salir entonces, y que estaba dedicado a Carmen. En él escribía Umbral (pp. 81, 276, 417):

> Nunca supe ni me importó si la leyenda del origen de Carmen —hija de una marquesa— era realidad, pero lo cierto es que, muerto pronto su padre militar, ella andaba por la vida, sin saberlo, a la busca del padre: Tierno, Carrillo, Llanos... Siempre hombres mayores y con prestigio político. Una sustitución demasiado evidente del padre que le atribuían. [...] Pero habla de su soledad con una violencia que me sorprende, pues, por otra parte, no ha vuelto a citar a don Ramón, que parecía haber sido el encuentro tardío y fraternal de su vida. [...] Claro que yo siempre he tenido molestias intestinales, como mi verdadero padre (o sea, S. S., digo yo: unas veces le adopta y otras le niega, según se vea cerca o lejos de la muerte).

¿La leyenda del origen de Carmen? La llamé por teléfono, a quemarropa.

—Carmen, cuando te contacté por primera vez no sabía nada, pero ahora no me queda más remedio que preguntarte por tu padre.

Se quedó callada un buen rato.

—¿Vas a publicarlo?

—Tú decides.

La conocí, por fin, el viernes 19 de marzo, el día de San José. Ese mediodía yo había regresado de Bruselas, donde la Comisión presidida por Jacques Santer había dimitido en pleno tras ser acusada de irregularidades. El entrevistado había sido el comisario Manuel Marín. Vía fax, Carmen recibía toda la información al respecto a través de sus colegas. Estaba excitadísima con el escándalo político.

La cita era a las cuatro y media en su casa de El Viso, una de las mejores zonas residenciales del centro de Madrid. Su piso estaba en la tercera planta de una vivienda pequeña en esa tranquila colonia de calles estrechas y empedradas. Tenía entrada por el número 10 de la calle Henares y por el 167 de Serrano. Ella la consideraba su hogar definitivo en Madrid. Era la cuarta casa en la que había vivido desde niña. Siempre en el centro.

Pequeña y luminosa, lo mejor era el salón-estudio, la zona de más espacio, un sitio muy acogedor con tres grandes ventanas. Se veía una higuera y, muy al fondo, la Puerta de Europa. Predominaban el vainilla, el mostaza y el azul, y todas las paredes estaban cubiertas de libros. Había estatuillas africanas, un sillón color berenjena donde se solía sentar el marido de su madre, el marqués de Llanzol, y muchas fotografías. Una con Dolores Ibárruri *la Pasionaria*. Otra en la plaza de toros de Las Ventas con Felipe González. Las dos están recogidas en este libro. También había una hermosísima de ella sola ante el Muro de las Lamentaciones.

Subí en ascensor y, al salir, Carmen me estaba esperando en el descansillo, al lado de la puerta de entrada. Me impactaron sus ojos azules y rasgados, casi felinos. No recordaba haber visto unos ojos tan especiales. Sonreía, nerviosa, y me escudriñaba con la misma intensidad que yo a ella.

Un pañuelo verde pistacho le tapaba la cabeza. La quimioterapia le había hecho perder el pelo. Me fijé en los pantalones vaqueros y en los zapatos planos. Tenía algo intangible: estilo y clase. Salí de allí cuatro horas más tarde convencida de que acababa de conocer a una persona extraordinaria.

Carmen Díez de Rivera e Icaza nació en Madrid el sábado 29 de agosto de 1942 bajo el signo de Virgo, claramente una perfeccionista. De manera oficial fue inscrita en el libro de familia como la cuarta y última hija de los marqueses de Llanzol: Francisco de Paula Díez de Rivera y Casares, y María Sonsoles de Icaza y de León.

Su padre de registro, el marqués de Llanzol, era coronel de caballería, el último capitán de la escolta de Alfonso XIII, un hombre al que casi todos a los que he preguntado definen como

«buena gente». La que más, Carmen. Nada más iniciarse la guerra civil, se incorporó a las filas nacionales e hizo toda la campaña del norte en el Ebro. Según Carmen, tardó mucho en recuperarse de la enfermedad que contrajo en el frente: tifus exantemático, también llamado fiebre pútrida, que se transmite a través de los piojos y está asociado a las guerras, la pobreza y los desastres naturales. Nació en Santander el 29 de agosto de 1890 y murió en Madrid el 21 de febrero de 1972, a los 81 años.

El marqués de Llanzol, caballero de la Real y Militar Orden de Caballería de Calatrava, largo tiempo consejero del Banco de España, era, físicamente, «poca cosa». Tenía 46 años cuando se casó con Sonsoles de Icaza, de 22 años, una mujer más alta, más joven y con más carácter que él.

La boda tuvo lugar el 13 de febrero de 1936 en la iglesia de la Concepción, tres días antes de las elecciones generales que dieron la victoria al Frente Popular y dejaron a España partida en dos mitades. Los últimos comicios de la Segunda República y lo que sería el último voto democrático en España hasta el 15 de junio de 1977.

El ruido de sables de ese mes de febrero de 1936 se dejó sentir en una pequeña nota que aparecía en el diario *ABC* junto a los *ecos diversos* donde se recogía el enlace del marqués de Llanzol con la *señorita* de Icaza, cuya mano había sido pedida en diciembre de 1935:

> Todo lo que constituye la nacionalidad española está en peligro: unidad, sistema económico, sentimiento religioso, vida civilizada, porvenir. Poderes extranjeros subvencionan y organizan la revolución de los extremistas de nuestro país. Las próximas elecciones son la primera etapa para despedazar España y convertirla en un conglomerado de minúsculos estados soviéticos. Tú puedes evitarlo con tu voto. ¡Vota por España!

En la crónica del enlace, sin embargo, ni un atisbo de la sangrienta contienda por venir:

> Ayer mañana se celebró la boda de la bellísima señorita Sonsoles Icaza y León con el marqués de Llanzol. Con esta boda se enlazan

> dos ilustres familias: la novia es hija de D. Francisco A. de Icaza, escritor, poeta y diplomático, y el novio, D. Francisco de Paula Díez de Rivera, capitán de caballería, pertenece a la noble familia Díez de Rivera, que tiene su solar en Valencia, y cuyo jefe actual es el conde de Almodóvar, marqués de Someruelos [...]. La señorita de Icaza entró, a los acordes de la marcha de *Lohengrin*, del brazo de su padrino, el marqués de Huétor de Santillán, hermano del novio. Vestía traje de raso blanco y velo de tul, sin más adornos que su belleza y su juventud, y en la mano un ramo de liliums [...]. Con un uniforme de gala del arma de caballería, iba detrás el marqués de Llanzol, ofreciendo su brazo a la madrina, doña Beatriz de León, viuda de Icaza, madre de la novia.

El diario conservador no ahorra en detalles cruciales del evento, como que

> [...] los nuevos esposos fueron felicitados por sus amistades aristocráticas. También, al salir de la iglesia, lo fueron por otras clases humildes, que habían asistido, invitadas a la ceremonia: los obreros de la casa en construcción del marqués de Llanzol, que habían regalado el ramo de la novia y que fueron obsequiados después por el novio con una gran merienda. Al homenaje de los obreros siguió otro, no menos popular: el del público congregado en la calle para presenciar el paso de la nueva marquesa de Llanzol.

El relato continúa con la luna de miel por Andalucía y por «diversas poblaciones del extranjero», entre ellas Berlín, donde había estado destinado el padre de la novia.

La nueva marquesa de Llanzol, que se convertiría en una de las más bellas y elegantes aristócratas de la posguerra y en la musa de Balenciaga, protagonizó un claro matrimonio de conveniencia no muy distinto del de su propia madre: Beatriz de Léon y Loynaz, *Bibi*, que se casó a los 17 años con el diplomático y poeta mexicano Francisco Asís de Icaza y Beña.

Bibi de León hizo también una buena boda, pero su marido erró de opción política tras la Revolución mexicana. El diplomático, que murió a los 62 años en Madrid, no estuvo atento a los numerosos cambios políticos que se produjeron en su país tras 1910, y el Gobierno por el que Icaza no apostó le arrebató su pensión.

Así las cosas, en 1925, con escasos recursos e hijos aún pequeños, como la madre de Carmen, que sólo tenía 12 años, Bibi de León se instaló en el distinguido barrio de Salamanca, pensando que en una zona *buena* le sería más fácil casar adecuadamente a sus dos hijas.

Carmen Díez de Rivera, que solía llamar a las cosas por su nombre, definió a su abuelo mexicano como «un poeta menor». En las paredes de la Alhambra hay unos famosos versos de Francisco Asís de Icaza: «Dale limosna, mujer, / que no hay en la vida nada / como la pena de ser / ciego en Granada».

La abuela de Carmen tuvo vista y, a pesar de las dificultades económicas, su hija Sonsoles hizo una magnífica boda. La hermana de Sonsoles, Carmen de Icaza, quince años mayor que ella, optó por escribir para sacar a la familia de apuros. Acabó convirtiéndose en una famosa autora de novelas de amor, una especie de Barbara Cartland a la española, declarada en 1945 la escritora más leída del año.

Carmen de Icaza empezó escribiendo sobre temas sociales en los diarios *El Sol* y *Ya*, y, después de casarse con un empleado de Telefónica, Pedro Montojo, y de tener a su única hija, Paloma, se dedicó a sus once novelas, entre ellas *Cristina Guzmán*, *Vestida de tul* o *La fuente enterrada*. Sus libros se convirtieron en populares radionovelas de la época. Fue, en definitiva, una auténtica precursora de las *soap operas*, las telenovelas de ahora.

La ayudó mucho la educación que había recibido gracias a la carrera diplomática del padre: hablaba y leía perfectamente alemán, inglés y francés. Además de escritora, Carmen de Icaza fue también una dama activa del franquismo que participó en la fundación de Auxilio Social y ocupó el puesto de secretaria nacional durante dieciocho años. También colaboró intensamente con la Cruz Roja. La escritora inspiró el famoso lema de los años de las cartillas de racionamiento: «Ningún español sin pan».

Su título, baronesa de Claret, pasó a su nieto mayor, Íñigo Méndez de Vigo, el eurodiputado del PP que en 1999 cuidó a Carmen Díez de Rivera hasta el final. El encuentro tardío entre Carmen, la protagonista de este libro, y Méndez de Vigo parece sacado de las novelas de Carmen de Icaza: fue en marzo de 1978,

pocos días después del entierro del abuelo Montojo, en casa de la escritora. Junto a la enorme biblioteca de su abuela, Méndez de Vigo, hoy alto cargo del Ministerio de Exteriores, mantiene aún vivo el recuerdo de Carmen con su pelo rubio y sus pantalones vaqueros «en una casa en la que todo el mundo iba de luto riguroso». Rápidamente, empezó a dar instrucciones sobre la biblioteca a Méndez de Vigo, entonces un chico de 22 años al que llamó imperativamente «joven».

«Cuando Carmen quería ser simpática y cautivadora lo era, y ese día me cautivó», señala Méndez de Vigo, que aguantó con paciencia benedictina los desmanes de carácter de su tía cuando ésta se acercaba al final.

Que la joven Sonsoles de Icaza no creció en la opulencia era algo que Carmen me explicó más de una vez al insistir en que se había casado con el marqués de Llanzol porque éste podía mantener el tren de vida al que ella aspiraba y que creía merecer. Los sentimientos de Carmen hacia su madre eran claramente contradictorios, de amor y odio.

En su casa de El Viso, Carmen tenía una foto de su madre que le encantaba. Decía que le parecía el ejemplo mismo de la *joie de vivre*: en la imagen se ve a Carmen, con apenas un año, saliendo del mar de la mano de su madre, que es una señora imponente, a lo Rita Hayworth, con traje de baño de diseño y una cuidada melena oscura. Más que hermosa, que lo era, los que la conocieron destacan su sofisticación. En su cara, sin embargo, se adivina la soberbia. Es un rostro duro, quizá antipático y ciertamente frío.

Carmen describió así en su borrador de autobiografía a la marquesa de Llanzol:

Era ella: yo soy yo, soy el que soy. Los demás, clarísimamente, eran otros, los otros, los demás, lo ajeno. Conservó siempre la vitalidad, unida a una rotundidad en todo cuanto hacía o decía, lo que granjeaba una actitud de suficiencia, de superioridad, y de una cierta arrogancia que no la abandonó nunca. Pocas veces he observado en una persona marcar en todo cuanto hacía, pensaba o decía esta distinción entre yo y los demás. No me planteo ninguna valoración,

ni sé si es bueno o malo. Era así y, evidentemente, ello conducía a que su voluntad se confundiese con la voluntad, sus deseos con el deseo y sus opiniones con la opinión. Posiblemente, de haber nacido en otra época y en otro país, hubiese canalizado tanta vitalidad y talento en aportar algo más sólido o constructivo a la sociedad que la simple belleza inútil.

La marquesa de Llanzol, que había nacido en Ávila el 13 de agosto de 1914, murió en Madrid el 21 de enero de 1996, apenas catorce meses antes de que a Carmen le diagnosticaran el cáncer.

Además de Carmen, la menor, los marqueses de Llanzol fueron padres de tres hijos: Sonsoles, Francisco y Antonio. En su borrador de autobiografía, Carmen escribió:

No cabe la menor duda de que mi familia entra dentro de esa categoría que denominamos aristócrata. Así consta en el libro 39, folio 184 y número 365 de mi partida de bautismo, en la parroquia de la Concepción.

En una lata antigua, que a mí me pareció que debía de ser de carne de membrillo, guardaba en el último cajón de su cómoda, en el salón-estudio, un montón de fotos. Varias tardes estuvimos mirándolas. Yo la bombardeaba a preguntas, y a veces ella me mandaba a paseo. Había una muy particular que siempre me enseñaba, y que está recogida en el cuadernillo de ilustraciones de este libro. Ella describió así la serie de fotos en su inacabada autobiografía:

Aquí está Carmencita, sentada con sus tres hermanos y padres en la moqueta del dormitorio generoso de mi madre de la casa de la calle de Hermosilla de Madrid. La verdad es que, sobre la foto, Carmencita es la más mona, tan rubita y tal. [...] Y detrás, también sentados en el suelo, mi padre y mi madre, y luego sólo mi madre. Todos de blanco, estamos en la posguerra, debe de ser el año 1944, estamos todos con las piernecitas cruzadas. Carmencita, ¡horror!, en algunas de las fotos se chupa, satisfecha y oronda, el dedo pulgar.